El valor histórico de los evangelios
Leal, J. (1965)

Resumen de lecciones

Una ojeada de conjunto sobre los testimonios externos que hemos examinado dará idea de su autoridad y enorme fuerza probativa.
Los cuatro evangelios canónicos han llegado hasta nosotros como obra de dos apóstoles, Mt y Jn, y de dos discípulos, Lc y Mc. Desde el siglo IV hasta el XIX todos lo afirman y lo creen sin la menor duda. En el siglo XIX empiezan las dudas y los sistemas científicos para combatir esa fe. ¿Se puede combatir realmente en nombre de la ciencia? ¿Se debe conservar esa fe en nombre de la ciencia y de la crítica histórica?

Se debe ciertamente conservar. La cadena de afirmaciones y testimonios que llega hasta nosotros desde el siglo IV, empalma con otra serie de afirmaciones y testimonios que llegan hasta los orígenes mismos del cristianismo. Nuestra fe en los autores de los cuatro evangelios canónicos no se pierde en las penumbras de la leyenda y de lo desconocido.

Desde el siglo IV hasta el siglo I cristiano, se extiende una cadena fuertemente eslabonada de afirmaciones claras, serias, universales y constantes, que nos lleva hasta Mateo, Marcos, Lucas y Juan.
Toda la literatura del siglo IV, del siglo III y del siglo II, está llena de testimonios a favor de la genuinidad de los evangelios.

Un testimonio fuerte y apodíctico que se extiende constante en el espacio y en el tiempo. Llena sin interrupción tres siglos y abarca todas las regiones y las Iglesias. Participan de nuestra fe todos los representantes de las Iglesias de los siglos IV, III y II. La Iglesia de África con Tertuliano y San Cipriano, la de Alejandría, con Orígenes, Clemente y Panteno, la del Asia con Justino y Papías; la de Siria y Antioquia con Teófilo, Taciano y san Ignacio; la de Acaya con Dionisio de Corinto y Hegesipo; la de Lyon en occidente con Ireneo; por último, la Iglesia madre de todas las Iglesias, la de Roma con el fragmento de Muratori, Hipólito, Clemente, Ireneo y Justino.

Justino recorre toda Asia proconsular y muere en Roma; Taciano se convierte en Roma y vive en Siria, Cilicia y Pisidia; Ireneo se educa en Esmirna, trabaja en Francia y está en contacto con Roma; Clemente nace probablemente en Atenas y allí se hace cristiano, visita Italia, Siria, Palestina y enseña en Alejandría. Orígenes se educa en Alejandría, visita Roma y vive gran parte de su vida en Oriente. Muchos de ellos han abrazado el cristianismo ya mayores, después de madura reflexión y de conocer toda la filosofía religiosa de su tiempo. Así, Justino, Taciano, Clemente, Tertuliano.
Son todos hombres de ciencia y de crítica; lo más representativo de aquellos primeros siglos. No se trata solamente de testimonios cristianos, sino que los hay de herejes y aun de paganos. Se trata, sobre todo, de un testimonio oficial, no de individuos particulares, que pueden errar y aun apasionarse, se trata del testimonio de una comunidad entera esparcida por todo el mundo civilizado, que no discrepa en sus enseñanzas, que está profundamente convencida, no vacila en sus afirmaciones, las vive, muere por ellas. Se siente obligada a vivir conforme a la doctrina de los evangelios y aun a morir por ella.

Se trata del testimonio de una comunidad que no acepta todos los libros, por hermosos que sean sus títulos, que rechaza la mayoría de los que se llaman

Evangelios y obras de los apóstoles y se queda solamente con cuatro entre casi 50 que se le presentan.

Una comunidad que no tiene más norma que la verdad, lo recibido de la antigüedad, de los apóstoles, de Jesucristo mismo.

Tal testimonio es único en su especie; no hay libro ninguno en el mundo que pueda presentar señales más sólidas y apodícticas de su genuinidad.